

que no era de esperarse tampoco, en sus activas operaciones militares.

No obstante la mala situación en que se encontraba la Junta en Sultepec, después de la pérdida de Cuautla, sus miembros discurrían cuanto era imaginable para sostener el fuego de la revolución, y ni de día ni de noche abandonaban las difíciles y peligrosas tareas que tenían encomendadas.

El Dr. Cos había tenido tiempo de medir sus facultades, y encontrándose muy poco apto para mandar soldados, por más intrépido que fuera, había dejado su coronelato, entregándose en cuerpo y alma á la política. En esta línea era un Catón, y como pronto dió á conocer su clara inteligencia, se le dió el más distinguido lugar en el Consejo, en el que tenía ya á la sazón un dominio absoluto.

Habían pasado algunos días después del suceso de Cuautla, cuando una noche, encontrándose en su gabinete escribiendo como de costumbre, vió entrar por la puerta que había dejado entornada para que saliera el humo del cigarro, á Liceaga y á sus demás compañeros, con algunos papeles en la mano.

—¿Tenemos noticias? les preguntó sin soltar la pluma.

—Hay carta de Rayon, con que acompaña pliegos, que le han dirigido para la Junta, de diversos lugares, le contestó Liceaga.

—¿Ya los leyeron ustedes?

—Sí, y hay muchas cosas importantes.

CAPITULO XXXI

PAZ Ó GUERRA?

La Junta de Gobierno de los independientes había andado á salto de mata después del incendio y destrucción de Zitácuaro, hasta que protegida por Rayon que sitiaba á Toluca, tomó asiento en Sultepec, de donde no hubiera pensado en trasladarse sino á México, si ha sabido de algún modo eficaz proteger á Morelos en Cuautla, acumulando sobre Calleja tantas guerrillas dispersas como pululaban por todos lados, sin más objeto que tomar botín donde se proporcionaba; pero no pudo ó no quiso obrar con energía y proceder como estaba indicado, lo que ocasionó que viera aquel refugio ya como inseguro y que empezara á pensar formalmente para donde tendría que armar el vuelo, en caso de que Rayon no tuviera éxito feliz,

—En ese caso suspendo mis trabajos para continuarlos mañana.

—¿Es el proyecto aquel de que nos ha hecho el querido Doctor tanto misterio? le preguntó el licenciado Ramos.

—El mismo, que está ya tocando á su término. Tal vez dentro de dos ó tres días podré darles á ustedes cuenta con él, esperando que lo aprueben si lo encuentran de su gusto.

—De seguro que lo aprobaremos. Todo lo que usted hace, querido doctor, lo hace bien hecho.

Aunque la Junta tenia el nombre de Soberana y se le daba el título de Magestad para impresionar á las gentes, segun la costumbre de la época, los individuos que la formaban se trataban con la mayor llaneza.

Cos dejó sus papeles debajo de la carpeta, ofreció sillas á los recién venidos, que encendieron á su vez un cigarro, y todos formaron círculo cerca de la ventana.

—Ahora cuéntenme ustedes lo que dice Rayon.

—Es grave, hasta cierto punto, lo que Rayon dice, contestó Liceaga, porque es casi como una prevención para que estemos listos á dejar el buen refugio que hemos encontrado en Sultepec.

—No me agradaría salir ahora de Sultepec en donde con tantos trabajos he logrado montar mi imprenta.

Sabido es que el Dr. Cos á fuerza de paciencia y de heroica tenacidad, habia logrado hacer una buena cantidad de tipos de madera y que con añil, en lugar

de tinta de imprimir, y con una prensa de su invencion, que no le habia costado menos trabajo porque solo fuera hecha bajo su direccion, publicaba su periódico "el Ilustrador Nacional" en que aparecian, ademas de las mas importantes noticias de la guerra, y los artículos de combate, las disposiciones principales de la Junta, en una cantidad de ejemplares, que aunque muy corta, tenia número, sin embargo, para que circulara bastante y se leyera por todas partes con avidez.

—Rayon nos avisa, continuó diciendo Liceaga, que mañana va á resolverse á dar un ataque á Porlier en Toluca, porque sabe que vienen en auxilio de este algunas tropas de México.

—Pues la noticia no es tan grave, contestó Cos con toda tranquilidad, porque si no toma la plaza se retira de Toluca y nada se ha perdido.

—No quiero hacer malos augurios, continuó diciendo Liceaga, pero si es rechazado con pérdidas, es fácil suponer que la retirada será igual á una derrota.

—¡Bah! replicó sonriendo el Doctor, entre nosotros no hay derrotas que puedan llamarse tales en la rigurosa extension de la palabra, porque siempre volvemos á reponernos. ¿Qué ha sucedido con lo de Cuautla? Que solo se perdieron los cañones y que ahora en vez de un ejército y un general, tenemos varios generales y varios ejércitos. Ahora Morelos tiene el suyo, Galeana el suyo, Matamoros el suyo, y así sucesivamente, de modo que ahora el gobierno en vez de tener un solo enemigo en quien reconcentrar su

atención, tiene muchos que le van á acosijar por diferentes rumbos.

—Lo cual no evitará que la Junta tenga que buscar otro pueblo mas abrigado donde establecerse.

—Tengo el presentimiento de que no saldremos de aquí sino despues que estén concluidos esos trabajos.

—Así sea, contestó Liceaga, y vamos á otra cosa.

—Vamos.

—Las demas noticias son buenas y malas.

—Comenzaremos con las malas para saborear mejor las buenas.

—Don Leonardo Bravo y sus compañeros van á ser fusilados en México.

—Eso ya me lo esperaba y lo particular es que los hayan dejado con vida tanto tiempo. El día que nos cojan á nosotros no nos dejarán respirar ni cinco minutos.

—Por eso hemos de procurar que no nos cojan vivos.

—Vamos adelante.

—Chilapa, Tixtla, Taxco, todos los pueblos de la tierra caliente que estaban por nosotros, se han vuelto realistas.

—Sí, porque les han hecho creer que estaba perdido Morelos: hasta de su muerte han hablado en las gacetas, cuando no han dicho que va desquebrajado por la caída de la mula; pero ya volverán luego que él tenga tiempo de mandarles un recadito.

—Tambien se anuncia que en Zacapoaxtla y Huejotzingo han hecho destrozos los realistas en los independientes.

—Estamos en guerra y de todo ha de haber en la viña del señor.

—Ahora van las noticias buenas.

—Vengan, que estoy seguro, han de ser mejores.

—Se confirma en todas sus partes lo del pleito en que están Venegas y Calleja.

—¡Magnífico! quiere decir que uno de los dos se vendrá con nosotros.

—Ha de ser Calleja, porque se agrega que ya están en trato con él los "Guadalupanos."

—No me gusta ese porque es muy sanguinario y mas ladron que Gestas; pero á caballo dado, no se le ve colmillo.

—Han entrado partidas de insurgentes hasta la villa de Guadalupe.

—Eso quiere decir que de un solo golpe bien dado depende nuestro triunfo completo. Si hubiéramos tenido un ejército con que derrotar el de Calleja, cuando estaba entretenido en Cuautla ó para ir sobre México, ya á estas horas estuviera hecha la independencia.

—Se han salido de México muchos jóvenes de las principales familias y hasta algunos españoles para ir á engrosar las filas de los independientes.

—Y mas adelante, cuando podamos contar con una imprenta mas completa y demos el ejemplo de una

conducta irreprensible, tendremos con nosotros á toda la gente de corazón.

—Hay aquí una noticia que consideramos la mejor de todas para el Dr., porque le da por su lado completamente.

—Debe ser muy buena, porque hay pocas que me alhaguen, como no sea la que nos encamine directamente al triunfo de nuestra buena causa.

—Pues usted juzgara, caro Doctor, dijo Dominguez, los guadalupanos de México han comprado una buena imprenta con tipos de plomo y su prensa de campaña respectiva para nuestras publicaciones.

El Doctor no pudo oír esta nueva con su calma de costumbre y se levantó de su asiento abriendo los ojos en toda su extension.

—Y ademas vienen dos hombres inteligentes para manejarla.

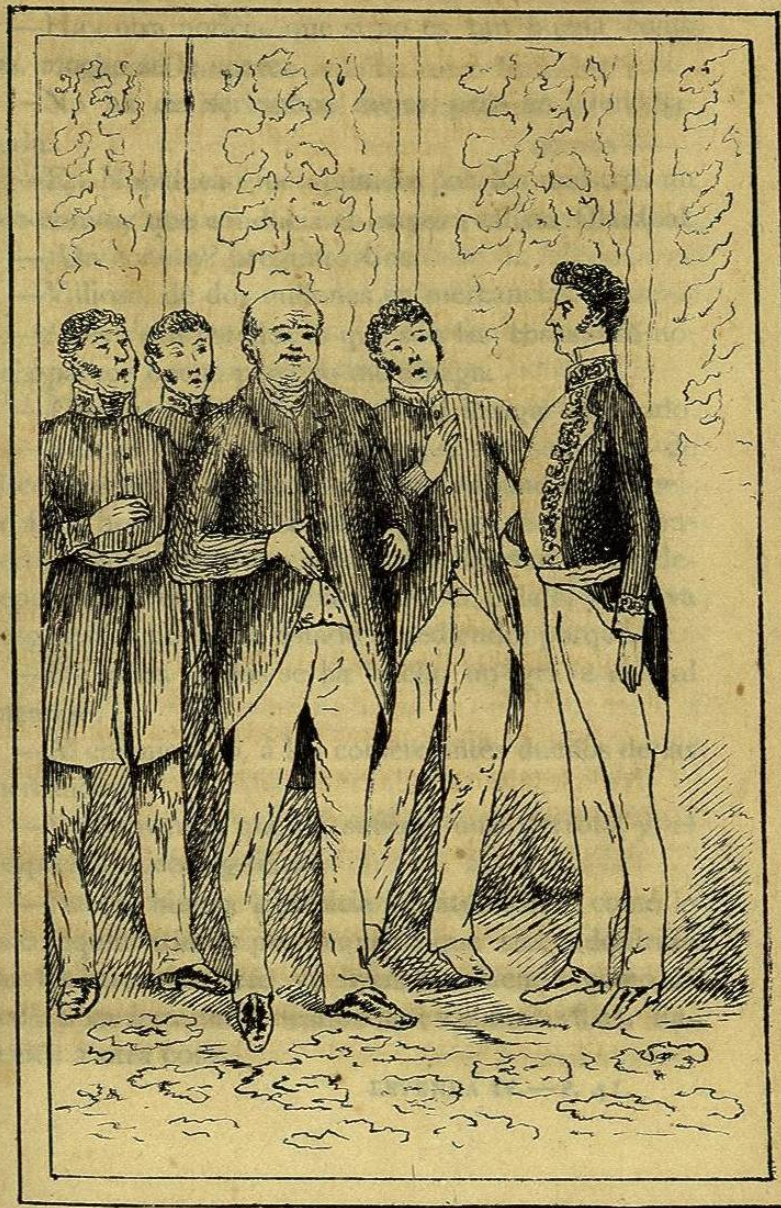
—¿Pero no es una broma? preguntó Cos con una indecible alegría pintada en el semblante, realmente han discurrido una cosa tan buena nuestros amigos de la córte?

—Aquí están las notas selladas que lo comprueban.

—Y este pliego si quiere verlo el Doctor, con sus propios ojos.

El Dr. Cos lo leyó y lo releyó con grandes muestras de regocijo.

—Pues esto, dijo despues de un momento, debemos cuidarlo como á nuestros propios ojos y mas que los cañones, porque es la mejor artilleria, digo, en caso de que pueda llegarnos con felicidad. Ahora ve-



..... pues ya que no quieren la paz, demosles guerra y que cada cual cuide su pescuezo.

—¡Guerra á muerte! contestaron sus colegas.

rán los realistas cuánto vale. "El Ilustrador Nacional."

—Hay otra noticia, que si no es tan buena como esa, mucho se le acerca.

—No ha de ser nunca mejor, pero es bueno saberla.

—En Nopalucan fué quitado por los nuestros un rico convoy que conducía el mayor realista Olazábal.

—¿Un convoy? preguntó Cos.

—Valioso, de dos millones en mercancías.

—Pues vean ustedes lo que son las cosas; esa noticia parece buena pero no me alhaga.

—¿Cómo! ¿Por qué? preguntó Liceaga admirado.

—Porque las riquezas tienen que ser semillero de discordias entre nosotros, porque la abundancia vuelve á los hombres pusilánimes, porque se puede convertir una bandera que sostiene la libertad y la independencia en un pretexto para el pillaje, como ya desgraciadamente ha estado sucediendo; porque

—De todos modos se ha hecho un grave mal al enemigo.

—Al enemigo no, á los comerciantes dueños de las mercancías.

—Y al enemigo que ha sufrido una derrota y el desprestigio consiguiente.

—Bueno, bueno, la noticia es interesante, como lo es cualquier triunfo por pequeño que sea, adquirido por los nuestros; pero ya iremos sabiendo cómo la codicia va á causar funestidades en nuestras filas. Pasemos á otra cosa.



—Guerra á muerte! contestaron sus colegas
y dice cada cual en su besacoso.
pues ya que no dixeran la paz, demosles guerra

—Un licenciado Rossains, hombre, según dicen, de mucho mérito, ha salido de Puebla para unirse á Arroyo.

—Y tenemos otros adictos, continuó Liceaga, á los cuales el señor Doctor no les hará ¡Hum!

—Veamos.

—D. Juan José Andrade, rico y de mucho prestigio y valentía, lo mismo que D. Vicente Beristain, hermano del arcediano de México, están ya con los nuestros.

—¡Cómo! ¿Beristain? exclamó Cos dando un salto.

—El mismo, contestaron todos á una.

—Pues esa sí es noticia gorda, porque el arcediano dejará ya de estar jugando con dos barajas.

—Ha de estar á estas horas bastante comprometido en México.

—Es importante Beristain, continuó diciendo Cos, pero más me alegra por la cara que ha de haber puesto su hermano luego que tuvo la noticia.

—Quien sabe si él mismo lo induciría, con el objeto de tener cada uno su lugar en cada bando y poder auxiliarse en caso ofrecido.

—No me admiraría la combinación, porque es muy zaragate el condenado Beristain.

—Pues lo mejor de todo es que se ha dado el mando de la artillería á Beristain, que sabe manejarla muy bien, sobre que se ha adiestrado mucho en esa arma y que por su consejo se está atacando á los realistas de Pachuca que no tienen ya más remedio que encomendarse á Dios.

—Pero entonces estamos bien en todas partes.

—Sí, menos cerca de aquí que es donde más nos encontramos expuestos á que nos quemé la lumbre.

—Y de Morelos y su gente, ¿hay alguna noticia?

—Solo que Matamoros se ha hecho fuerte en Izúcar, que D. Nicolás Bravo trae un gran trozo de caballería y que Galeana está ayudando al cura á reunir nuevo ejército para irse sobre Oaxaca ó sobre Acapulco. Morelos se está callado por ahora para aparecer quien sabe por donde y dar al virey nuevos dolores de cabeza, porque aquí, inter nos, es al que todos le tienen más miedo.

—Con razón, si el diablo de cura ha resultado ser más general que todos nosotros.

—Y eso que no ha tenido la fortuna de darse una levatada en forma. Si llega á acertar un golpe bueno, nadie podrá ya detenerlo.

—Por eso es temible, hasta para nosotros mismos, añadió sordamente Liceaga.

—Muy capaz es de alzarse con el santo y la limosna, agregó por lo bajo otro de los del Consejo.

—Dejemos al buen cura en paz, dijo benévolutamente Cos, ya que tan buenos golpes ha llevado sin haberle dado ni un hombre, ni un fusil, ni un peso por nuestra parte.

—Pues es todo lo que por ahora tenemos, interrumpió Liceaga, que consideró prudente cortar en este punto la conversacion, mañana acordaremos en Junta lo conveniente.

Y como todos se levantaron en señal de marcharse, Cos les tendió la mano diciéndoles:

—Pues hasta mañana, amigos míos, y muchas gracias por haberme traído noticias de tanto alhago.

Una vez que se fueron los miembros de la Junta Soberana dejando solo á Cos en su alcoba, este volvió á su mesa, sacó sus papeles, los examinó un momento, y dijo para sí:

—Es tarde para continuar ahora, á pesar de que estoy concluyendo; ¡Dios quiera que pueda estrenar la nueva imprenta con este trabajo destinado á producir una revolucion favorable en la Nueva España! En fin, mañana podré terminar y les daré en la Junta la gran sorpresa.

Diciendo esto se dirigió á su cama en donde se acostó tranquilo y sonriente, lleno su cerebro de las sanas ideas que tanto contribuian á hacerlo dichoso.

Muy temprano se levantó y se puso de nuevo al trabajo con mas ardor todavia que en los dias anteriores, lo cual hizo que á las diez, que era la hora de la Junta, ya tenía no solo terminado su trabajo, sino revisado y corregido, aunque no sacado en limpio por ser algo extenso.

Después de que se acordaron los negocios ordinarios, sacó un legajo de papeles y dió lectura á sus tan celebrados planes de paz y guerra.

Dirigiéndose en el primero tanto á españoles como á mexicanos, decía: que residiendo la soberanía en la masa de la nacion y que estando la monarquía compuesta de dos partes integrantes, tanto derecho

asistia á México como á España para organizar su gobierno y que faltando el soberano, como de hecho faltaba, las dos naciones estaban en aptitud para formar su gobierno independientemente, pues en tal caso ni España podia apropiarse la suprema potestad, ni la América tenia obligacion de obedecer lo que en nombre de aquella se mandase, siendo nulas las autoridades que no tenían origen en el monarca. Después de otras muchas razones tan concluyentes como estas, terminaba el proyecto proponiendo que se eligiera un congreso nacional, deponiendo todos las armas para que aquel cuerpo resolviera todas las cuestiones políticas que pudieran ofrecerse, llegando todos por ese medio pacífico á un completo avenimiento.

Estaba tan bien escrito y tan bien fundado el plan de paz, que todos lo aprobaron con entusiasmo, y solo Verduzco se atrevió á decir después de pasado el primer momento:

—Y si no aceptan, los que tienen ahora el poder, la paz bajo esas condiciones, como es casi natural, porque además de perder sus sueldos pierden el dominio que tienen sobre la nacion, ¿qué hacemos nosotros?

—Para el caso de que no se acepte el plan de paz, contestó Cos, aquí está tambien un plan de guerra.

Entonces leyó el buen Dr. Cos un proyecto de plan de guerra, que proponia se remitiera tambien á las autoridades realistas, excitando á todos á dejar los procedimientos bárbaros y á hacer uso del derecho de gentes, conservando á los prisioneros en rehenes y

haciendo todo lo demás que Lieber aconsejó más tarde que hicieran, en el caso de guerra, todas las naciones cultas.

También este plan impresionó favorablemente á la Junta, la cual acordó que con un manifiesto se dirigieran ambos, tanto á los españoles como á los mexicanos, y así se hizo, mandándose los primeros ejemplares al virey y á todos los suyos.

El gobierno de Venegas se alarmó tanto con estas producciones de Cos, que eran en aquellos momentos las armas más peligrosas que podían esgrimirse, que mandó fueran quemadas en la plaza por mano de verdugo, prohibiendo por bando su lectura y circulación, con lo cual contribuyó en alto grado á hacer que los documentos fueran más buscados y más leídos, dándoles así una importancia trascendental.

Cuando llegaron al Dr. Cos las noticias del auto de fé y del bando, lo mismo que los anatemas del clero, que siempre iban formando cortejo á las disposiciones del virey, contra los independientes, dijo á sus compañeros de Junta en medio de la mayor jovialidad:

—Nunca me hice ilusiones de otra cosa, pero era preciso buscar el modo de poner á esas gentes en evidencia. Ahora ya sabemos que no quieren discutir sino pelear, y pelear sin dar cuartel, al uso de los salvajes; pues ya que no quieren la paz, démosles guerra y que cada cual cuide su pescuezo.

—¡Guerra á muerte! contestaron sus colegas indignados.

CAPITULO XXXII.

RÁPIDA OJEADA

Para que no dejen de quedar consignados aquí los principales sucesos de aquella época, que están enlazados con los que vamos á seguir refiriendo, hacemos un extracto de ellos en el presente capítulo, que puede pasarse sin quedar por eso interrumpido el hilo de la leyenda.

Las Cortes españolas, estando todavía prisionero Fernando VII, se instalaron en la isla de León. Después del juramento que prestaron los diputados se declararon aquellas soberanas, deponiendo al obispo de Orense y á algunos otros miembros de la regencia.

Poco tiempo después se decretó en España la libertad de imprenta y se formaron los partidos liberal y servil. El primero iba con las ideas modernas fran-